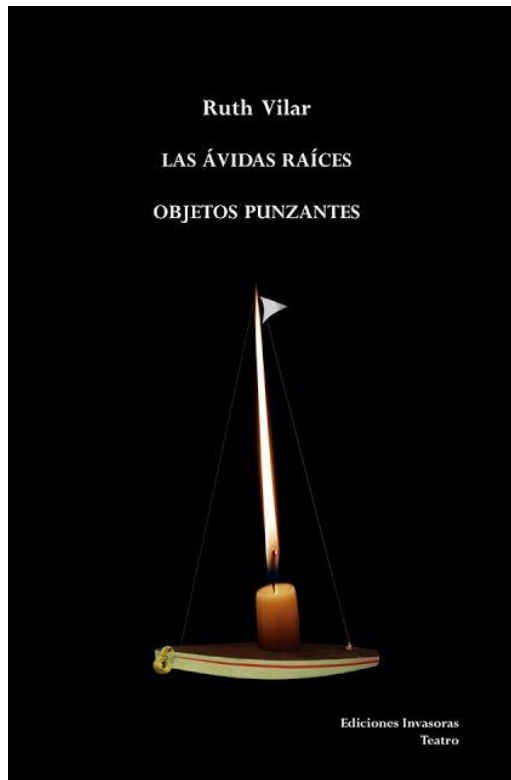


VILAR, Ruth, *Las ávidas raíces* y *Objetos punzantes*

Carolina Viñarás
vinaras.carolina@gmail.com



Vilar, Ruth, *Las ávidas raíces/ Objetos punzantes*, Vigo, Ediciones Invasoras, 2017, 71 pp. ISBN: 9788416993154

Ruth Vilar, escritora y directora teatral, traza una agri dulce alegoría sobre el amor materno-filial en *Las ávidas raíces* posándose en el lado tóxico de este, en la relación asfixiante que el cariño desmedido teje alrededor de la descendencia.

Solo dos personajes: Madre e Hijo para este texto teatral que se divide en cinco actos correspondidos con la evolución y crecimiento del vástago, desde su incipiente existencia aún en el seno materno y su primer contacto con la vida, sus primeros años, su adolescencia plagada de preguntas sin respuestas nítidas, su autodeterminación frente al control materno hasta el consiguiente abandono del nido para su desarrollo como persona autónoma. Estas etapas del crecimiento natural se contraponen con los deseos protectores e incluso, instigadores de la madre. Ambos mantienen pequeñas confrontaciones salpicadas en forma de escenas dentro de cada acto. La progenitora, como diosa y creadora del nuevo ser, ejerce una sombra cuidadora que se extiende desde antes del nacimiento del pequeño hasta la convincente determinación que adopta a modo de juego metateatral para frenar las ansias de su hijo de salir al espacio exterior. Los desmayos y la fingida enfermedad de la madre le encadenan, de nuevo, convirtiéndole, poco a poco, en escéptico del abnegado amor que le profesa su cuidadora.

Ruth dota al personaje de la Madre de un pasado sórdido, cargado de desolación, abandono y crítica para, así, dar explicación a la excesiva protección que el personaje femenino practica con su hijo. Con ello se constata que toda conducta desviada es fruto de un sufrimiento pasado.

De manera sugestiva, las paredes del hogar donde transcurre la relación familiar están hechas de zarzas. Ruth deposita el simbolismo en este arbusto por la dulzura y el deleite de sus frutos, las moras, pero, a la vez, por lo hiriente y desgarrador de sus espinas: por un lado, el niño puede habitar el hogar materno protegido del mundo por este muro defensivo y, al mismo tiempo, estar en su interior alimentado y saciado con las pequeñas bayas púrpuras. Por otro, la madre consigue con esta cerca que si no es bajo su deseo, la huida del hijo del suave ambiente entretejido le desgarre la piel en su intento de fuga.

Las raíces amarran con excesiva fuerza el tierno tallo brotado y son incapaces de permitir su ansiado florecimiento. El solo hecho de nacer y los cuidados recibidos se convierten en una deuda eterna imposible de saldar.



Solo el pago con una vida entregada mitigará la fuerza protectora. La sutil y concisa escritura de esta autora refleja en esta obra que crecer es sinónimo de abandono y vejación para quien te dio la vida.

Objetos punzantes amalgama un conjunto de pequeñas y afiladas obras dramáticas: afiladas porque pueden rasgar y despertar la conciencia que late en estado onírico, afiladas porque hacen frente a los usos morales cotidianos y, afiladas porque descubren una abrumadora realidad que subsiste al abrigo de la inexorable normalidad. Estos pequeños textos, aparentemente tenues por su brevedad, conforman un fecundo corpus que se aúna bajo tres grupos con distinto título: *Conciencia*, *Escasez* y *Yerro de cuentas*. *Conciencia* reúne: *El juicio inicial*, *Razonamiento*, *Galería*, *Madrugada* y *Pesadilla*. El hilo conductor de estas piezas es la bondad, en orden de aparición como los títulos: la inacción de no conseguirla, su ausencia, su búsqueda, la falsa bondad o su valor debilitado a la condición de un mal sueño en *Pesadilla*. *Madrugada* será brevemente explicada en el párrafo siguiente. El segundo grupo evidencia la *Escasez* en *Castigo*, *Hogaza*, *Agua*, *Gritos*, *Éxodo* y *Amor*. Una escasez de entendimiento, de fraternidad, de agua, de valor para enfrentarse al miedo, de esperanza para prosperar o, incluso una escasez de amor. El tercer y último grupo, cincelado con la inscripción: *Yerro de cuentas*, aglutina los descuidos y las equivocaciones de personajes y el daño, en ocasiones involuntario, que esto provoca en otros seres humanos partícipes de las obras. A veces, ese daño es infringido a uno mismo, como en *Supervivencia*. El tan cotidiano ambiente familiar se torna en un espacio favorable para el mantenimiento del abuso y el maltrato, como en *Reclamación* y otras que se citarán con posterioridad.

El retrato fiel y sigiloso de Ruth sobre la verdad se perfila en el semblante de los personajes que configuran cada pieza, como el de «la insomne» en *Madrugada* que describe rodeada de un halo poético la férrea y cristalina capa de hielo que la envuelve y la paraliza para, a la vez, protegerse y escurrir la realidad o, la represalia por ausencia de armonía familiar que se da en la obra de *Castigo*. La violencia de género, muy



acuciante en nuestra sociedad tiene hueco en este volumen con las obras: *Gritos*, *Amor y Corazón*, las dos primeras pertenecen al mismo grupo de *Escasez* y la tercera a *Yerro de cuentas*, pero todas, aunque sea de manera más sutil o más directa tratan la misma temática. *Gritos* es la más desgarradora, el diálogo entre dos vecinas que se oyen gritar en momentos diferentes de su día a día revela los malos tratos propiciados por sus maridos, creando un plano irreal pero simultáneo del asesinato de una de ellas. La pasmosa permisividad hacia estos actos se ve protegida por el silencio que mantienen para no revelar el nombre de sus respectivos verdugos. *Amor* describe la abnegada vida de una mujer que está supeditada a los deseos de alimentación y cuidado que el marido la exige, mientras que se ve privada y rechazada día tras día del cariño conyugal. *Corazón*, un exiguo escrito al que da voz una «anciana amarga», desde su vejez relata el proceso de transformación del que parece haber sido su compañero, el cambio de esa persona que lucía vital en un principio, a la ralentización de ese amor convertido en dolor que ha provocado el lento desfallecimiento de la anciana. El tema del amor materno-filial, argumento principal de *Las ávidas raíces*, vuelve aquí en dos textos: *Piececitos* e *Infernáculo*, ambas pertenecientes a *Yerro de cuentas*. Las dos reflejan el crecimiento de los hijos como una enfermedad que debe ser aniquilada para la conservación de la tierna infancia, pero además muestran el deseo arrogante de los progenitores de ser útiles e imprescindibles para sus hijos. *Piececitos*, muy similar a la obra principal, describe la lacerante sobreprotección de una madre que se niega a que su hijo crezca, problema que ella relaciona con el desmesurado desarrollo de los pies de su vástago, ella lo sigue viendo como su pequeño, mientras que esos pies le recuerdan constantemente que ya ha crecido, para ello tomará una desbocada decisión anulando cualquier amago por parte del hijo para reivindicar su autonomía. Por el contrario, *Infernáculo* traza la conformidad de unos hijos adultos para seguir siendo unos niños para sus padres; el espacio de la rayuela sitúa a los hermanos en algún momento de su infancia, las líneas borrosas de la tiza dibujada señalan



el paso del tiempo. Los dos dialogan sobre sus conductas infantiles y cómo estas aún persisten pese a haber crecido hace tiempo, atribuyen su existencia pueril a las veces que sus padres les dijeron que seguían siendo pequeños, como niños que son, la solución pasa por una ilusoria sensación de venganza que relatan entusiasmados mientras retoman el juego.

La traición de unos amigos en *Hogaza*, la falta de esperanza para encontrar trabajo en *Éxodo*; la consumación de la vida por aguardar el sustento del mismo cauce en *Agua*; el abandono de unos padres y la ausencia de estos cuando el hijo decide regresar en *Moho*; la violencia fraternal se vuelve hiriente en *Garantía*. En *Consejo*, una vieja monologa sobre la condicionada vida que tuvo y sobre su incapacidad para haberla manejado por sí misma, replegada sobre su conciencia decide no actuar. Este poliédrico volumen encierra anhelos y esperanzas del alma, mientras que vivifica las conductas humanas con un objetivismo abrasador.

